

NATALIO FERNÁNDEZ MARCOS
MARÍA VICTORIA SPOTTORNO DÍAZ-CARO
(COORDINADORES)

LA BIBLIA GRIEGA SEPTUAGINTA

I EL PENTATEUCO

TRADUCTORES DEL VOLUMEN:

Natalio Fernández Marcos
M.^a Victoria Spottorno Díaz-Caro
José Manuel Cañas Reillo

TERCERA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2023

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2008
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1692-8 (obra completa)

ISBN: 978-84-301-1693-5 (vol. I)

Depósito legal: S. 348-2016

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	7
<i>Introducción general</i>	9
1. La Biblia griega	9
2. Los orígenes de la Septuaginta	10
3. La Septuaginta en la historia del texto bíblico	16
4. Importancia de la Septuaginta	19
5. Por qué traducir la Biblia griega	21
6. Por qué traducir la Biblia griega al español	24
7. Características de la traducción española	25
8. Bibliografía específica	28
Transliteración de los nombres propios	32
Abreviaturas de los libros bíblicos	33
LIBRO DEL GÉNESIS	35
Introducción	37
Génesis, traducción y notas	49
LIBRO DEL ÉXODO	139
Introducción	141
Éxodo, traducción y notas	153
LIBRO DEL LEVÍTICO	225
Introducción	227
Levítico, traducción y notas	235
LIBRO DE LOS NÚMEROS	289
Introducción	291
Números, traducción y notas	301
LIBRO DEL DEUTERONOMIO	373
Introducción	375
Deuteronomio, traducción y notas	385

PRÓLOGO

El presente volumen, primero del plan general *La Biblia griega – Septuaginta. Traducción española*, es una obra de equipo que ha nacido por iniciativa de los Grupos de Investigación de «Filología y Crítica Textual Bíblicas» y «Patrimonio europeo en latín» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC, Madrid) y Ediciones Sígueme (Salamanca). El equipo de traducción ha debatido y confrontado en reuniones periódicas las directrices del proyecto, los criterios científicos empleados y las características generales de la versión española. Pero dentro del marco de estas normas que garantizan la homogeneidad del proyecto y la unidad de criterios de las técnicas de traducción, se ha respetado el estilo del traductor de cada libro, que es particular, como particulares son los estilos de los diversos traductores griegos.

Este primer volumen, que contiene el Pentateuco, incluye la Introducción general del proyecto. En su redacción se ha ocupado Natalio Fernández Marcos, quien ha sido también responsable de la introducción, traducción y notas del libro del Génesis. María Victoria Spottorno Díaz-Caro es autora de las introducciones, traducciones y notas de los libros del Éxodo y del Levítico. José Manuel Cañas Reillo, por último, se ha encargado de las introducciones, traducciones y notas de los libros de Números y Deuteronomio.

Sin embargo, como queda señalado, todos los problemas importantes de la traducción, las introducciones y las notas han sido debatidos en las reuniones mensuales del grupo. Con esta versión hemos querido poner a disposición del lector de lengua española, de la forma más fiel y directa posible, la Biblia griega, monumento humanista de la Alejandría ptolemaica, que constituye la primera traducción de la Biblia hebrea y, en consecuencia, su primera interpretación.

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. *La Biblia griega*

La Biblia griega o Septuaginta (LXX) es una colección de escritos, la mayoría de ellos traducidos del hebreo y algunos compuestos originalmente en griego, que engloba obras de distintos géneros literarios y cuya traducción o composición se produjo a lo largo de cuatro siglos, desde el III a.C. hasta el I d.C. Originariamente el nombre de Septuaginta—οἱ ἑβδομήκοντα en griego— indicaba el número de setenta / setenta y dos eruditos que, según la legendaria *Carta de Aristeas*, tradujeron la Torá judía en tiempos del rey Ptolomeo II Filadelfo (285-246 a.C.) en la ciudad de Alejandría. Dicho número de traductores pasó a designar la obra traducida, que en un principio abarcó sólo el Pentateuco. Pero desde los orígenes de la tradición cristiana se extendió el nombre a todos los escritos que integran la Biblia griega. A efectos prácticos, consideramos como Biblia griega o Septuaginta (LXX) todos los libros contenidos en la edición manual de A. Rahlfs, *Septuaginta, Id est Vetus Testamentum graece iuxta LXX interpretes*, Stuttgart 1935¹. Esta coincide en general con los libros que transmiten los códices unciales más antiguos (Vaticano, Sinaítico y Alejandrino) de los siglos IV y V d.C., primeras Biblias cristianas completas que incluyen también, a continuación de la Septuaginta y en el mismo código, el Nuevo Testamento.

La Biblia hebrea y la Biblia griega difieren en múltiples aspectos: en el número y orden de los libros que contienen, en su agrupación y en los títulos de los mismos. La Septuaginta incorpora la traducción de todos los libros incluidos en el canon hebreo y, además, una serie de libros (deuterocanónicos en la tradición católica y apócrifos en la protestante), unos traducidos del hebreo o arameo y otros compuestos originalmente en griego, como Sabiduría y 1-4 Macabeos, o transmitidos fundamentalmente en griego, como Judit, Tobit, Eclesiástico o Ben Sira, Baruc y Carta de Jeremías. A estos hay que añadir seis suplementos griegos al libro de Ester, tres adiciones griegas al libro de Daniel (Oración de Azarías y Cántico de los tres jóvenes).

1. Última edición, revisada por R. Hanhart y publicada en Stuttgart, Deutsche Bibelgesellschaft 2006.

nes, Susana, y Bel y la serpiente), la leyenda de los tres pajes del rey Darío (1 Esdras 3–5, 6), el salmo 151 y algunas odas suplementarias.

En cuanto a la agrupación de los libros, baste con decir que, frente a la división tradicional de la Biblia hebrea en tres partes: *Torah*, *Nebi'im*, *Ketubim* (Ley, Profetas y Escritos), la Biblia griega los agrupa en cuatro partes según el siguiente orden: Pentateuco, Libros históricos, Libros poéticos y sapienciales, y Libros proféticos, ordenados ya conforme a la concepción cristiana de la Biblia, según la cual los Salmos y sobre todo los Profetas anuncian los acontecimientos del Nuevo Testamento. Un antiguo aforismo, que se encuentra ya expresado de diversas formas en Agustín (*Quaestiones in Octateuchum* 2.72; *De civitate Dei* 16.26) lo resume admirablemente en una fórmula que hizo fortuna: *Novum Testamentum in Vetere latet, Vetus in Novo patet* («El Nuevo Testamento está oculto en el Antiguo, el Antiguo se hace patente en el Nuevo»). Además, Esdras-Nehemías, 1-2 Crónicas, Ester y Daniel figuran en la Biblia hebrea en el tercer grupo de Escritos, mientras que en la Biblia griega figuran en el grupo de los Libros históricos; el libro de Daniel se incluye en el grupo de los Libros proféticos. Hay también variaciones en el orden interno y extensión de algunos libros, como el de Jeremías, o en la extensión de otros, como el de Job, cuya versión griega tiene en torno a 390 líneas o esticos menos que el texto hebreo.

En cuanto a los títulos de los libros, también difieren las dos colecciones. Los libros de la Torá se nombran en hebreo según la primera palabra del texto (por ejemplo, בְּרֵאשִׁית, «en el principio», para el Génesis), mientras que en el Pentateuco griego llevan un título descriptivo que alude al contenido del libro (por ejemplo, Γένεσις, «Génesis»). Lo mismo ocurre con los libros de las Crónicas (דְּבָרֵי הַיָּמִים, «palabras de los días», en hebreo, y Παραλειπόμενα, «lo omitido», en griego) y en menor medida sucede también con los títulos de los restantes libros (Swete, 197-199).

2. Los orígenes de la Septuaginta

Los cinco libros de la Torá fueron vertidos al griego en Alejandría en tiempos del rey Ptolomeo II Filadelfo (285-246). Supuso la primera traducción de la Biblia y a la vez la primera interpretación de un texto consonántico hebreo que sólo más tarde, a comienzos de la Edad Media, sería vocalizado. Esta traducción de los cinco primeros libros, «Pentateuco» en griego, recibió el nombre de οἱ ἑβδομήκοντα, los Setenta, en latín *Septuaginta* o LXX, en atención al número de traductores que, según cuenta la *Carta de Aristeas*, participaron en la empresa (Fernández Marcos 1998, 47-65). Más tarde vendría la traducción de los Profetas anteriores y posteriores, de los Escritos, y la producción de nuevos libros en griego en un proce-

so de cuatro siglos que se extenderá hasta finales del siglo I o comienzos del II d.C. (Fernández Marcos 2002). Los testimonios de Filón de Alejandría y de Flavio Josefo confirman que esta primera traducción sólo se refería al Pentateuco. Y desde los comienzos de la tradición cristiana el nombre de Septuaginta se usó para designar todos los libros de la colección griega, ya fueran traducidos del hebreo, ya escritos originalmente en griego.

El alcance cultural de esta primera traducción de la Biblia al griego difícilmente se puede sobrevalorar. Se trata de un fenómeno en buena parte sin precedentes en la Antigüedad, constituye el mayor corpus de escritos traducidos al griego helenístico y es el primer trasvase de la sabiduría de Israel desde una lengua semítica a unos moldes lingüísticos indoeuropeos. Concretamente, al ser adoptada como Biblia oficial por el cristianismo naciente, acompañó a la primera evangelización y, a través de nuevas traducciones a otras lenguas, el influjo de la Septuaginta se extendió hasta los extremos oriental y occidental del Imperio romano.

La traducción como práctica habitual en la Antigüedad no llegó hasta que los romanos comenzaron a interesarse por la brillante producción escrita de los griegos, en especial la de contenido científico y literario. Existe algún testimonio de inscripciones bilingües en la literatura sumero-acadia o la inscripción bilingüe (egipcio en escritura jeroglífica y demótica, y griego) conocida como la piedra Roseta y que fue la clave para descifrar la escritura jeroglífica. Se trata de ejemplos puntuales y de textos breves, en general de contenido administrativo y que reproducen tratados bilaterales. Pero una traducción de las características del Pentateuco griego no pudo llevarse a cabo sin que concurrieran circunstancias excepcionales (Brock 1972; Fernández Marcos 2007). Entre ellas cabe destacar la voluntad política de un monarca helenístico muy interesado por la cultura, y un equipo de intelectuales judíos bilingües capaces de llevar a cabo esta empresa en un clima académico cercano al de la mítica Biblioteca de Alejandría. Tal es el ambiente descrito en la legendaria *Carta de Aristeas*, un tratado pseudoepigráfico de finales del siglo II a.C. que no carece de valor histórico sobre todo en lo referente a las circunstancias que rodearon el nacimiento de la primera traducción de la Biblia.

Hablar del mundo helenístico equivale a hablar del mundo habitado de entonces (οἰκουμένη), sometido a lo que hoy llamaríamos, si bien de forma impropia y anacrónica, primera globalización. El griego de la época, la llamada κοινή helenística, era la lengua franca hablada en el imperio y lo que quedaba fuera de la brillante tradición griega era considerado como bárbaro, aunque perteneciese a culturas de venerable antigüedad. Los representantes de estas culturas, por su parte, luchaban por abrirse paso en la sofisticada sociedad helenística; intentaban conseguir una posición de prestigio frente a la

arrolladora cultura griega. Las conquistas de Alejandro habían fundido el Oriente Próximo hasta la India y el Occidente hasta Libia en una nueva civilización. La ciudad de Alejandría, en la desembocadura del Nilo, había sido fundada por el mismo Alejandro en el 331 a.C. A su sucesor en el trono de Egipto, Ptolomeo I Soter (323-285 a.C.) se debe la iniciativa de construir en esta ciudad una biblioteca capaz de albergar todos los saberes del mundo. Pronto llegó a reunir entre sus fondos lo mejor de la producción científica y literaria del mundo antiguo: Egipto, Mesopotamia, Persia y, sobre todo, Grecia. Llegó a convertirse en el primer centro de investigación y el principal vehículo de transmisión del conocimiento en la Antigüedad, al menos hasta finales del siglo III d.C. Se calcula que en tiempos de Calímaco (305-235 a.C.) la biblioteca albergaba en torno al medio millón de volúmenes o rollos catalogados, y que por la época de Filón de Alejandría (20 a.C. - 50 d.C.) rondaba el millón. Los nombres de algunos de sus bibliotecarios –como el propio Calímaco, Demetrio de Falérón, Zenódoto de Éfeso, Eratóstenes de Cirene, Aristófanes de Bizancio o Aristarco de Samotracia– bastan para valorar la importancia de este centro cultural para la transmisión de la cultura clásica. Esta Biblioteca o Μουσείον (Museo o santuario de las musas), sostenida por el mecenazgo real, no era sólo un depósito de libros, sino también una especie de *scriptorium* en el que se copiaban, corregían y editaban los textos antiguos. Los miembros de esta privilegiada elite intelectual eran designados por el rey y residían en el recinto del palacio real. Las condiciones de trabajo eran análogas a las descritas en la *Carta de Aristeas* para los traductores de la Biblia al griego.

El otro factor determinante de la traducción fue la comunidad judía de Alejandría, y en concreto la existencia de un equipo de intelectuales bilingües que unían a su formación de escribas en las escuelas judías unos conocimientos notables de la lengua y cultura griegas. Esta conjunción nos hace pensar en un medio académico próximo al de la Biblioteca. Pues una obra de esta envergadura es impensable sin el apoyo real y algún tipo de infraestructura como la de la Biblioteca. Es más, frente a teorías del pasado que vinculaban el origen de la traducción al contexto litúrgico de la sinagoga o pedagógico de la escuela, pienso que el motivo principal de la traducción fue la búsqueda de un espacio de primacía cultural por parte de una minoría étnica que se esforzaba por abrirse paso en el competitivo mundo helenístico. Los autores judeohelenísticos reivindicaron su prioridad histórica y llevaron al campo contrario, el de la lengua griega, la lucha por el prestigio cultural de su pasado como pueblo. Los judíos de la ciudad de Alejandría aspiraron constantemente a la igualdad de derechos cívicos con los otros miembros de la πόλις griega. Aunque no lo consiguieron, salvo en casos aislados, disfrutaron de una existencia autónoma (πολίτευμα)

y se rigieron por su propia Ley traducida al griego (Νόμος), con validez jurídica reconocida por la administración de los Lágidas.

En el plano cultural, los judíos de Alejandría fueron arrastrados irrisiblemente a la órbita de la cultura griega, lo cual trajo como consecuencia inmediata la necesidad de «decir en griego las cosas judías» (E. Levinas). Es el momento de esplendor del judaísmo helenístico en el que por primera vez en la historia se comunica la sabiduría de Israel a las naciones. No sólo tradujeron la Torá al griego, sino que ensayaron prácticamente todos los géneros literarios en los que se expresaron los griegos: la tragedia de un tema bíblico como el Éxodo (Ezequiel el Trágico), la épica en torno a la ciudad de Jerusalén (Filón el Antiguo), la filosofía (Filón de Alejandría), la novela (el autor de *José y Asenet*), la historia (historiadores judeohelenísticos fragmentarios y Flavio Josefo). Era como presentar en sociedad, la sociedad sofisticada de Alejandría, la historia de Israel, la religión hebrea, sus ritos y costumbres, de una manera aceptable para los griegos mediante la exégesis alegórica de las prescripciones dietéticas y rituales.

La perla de la literatura judeohelenística es sin duda la traducción de la Ley al griego en tiempos de Ptolomeo II Filadelfo. En su reinado compuso el sacerdote egipcio Maneto sus Αἰγυπτιακά o Antigüedades de Egipto, valiéndose de las escrituras sagradas de los egipcios. En esa misma época, el sacerdote babilonio Beroso redactó sus Βαβυλωνιακά o Antigüedades de Babilonia, que dedicó a Antíoco I Soter (280-261 a.C.). En ambos casos se trata de orientales bilingües que escriben en griego para transmitir a la posteridad el legado de esas culturas orientales. Nada tiene de extraño que el mismo rey se interesara por los escritos sagrados de los judíos. Así nos lo cuenta el autor de la *Carta de Aristeas*. Ptolomeo II comisiona a su bibliotecario Demetrio Falerón para que reúna mediante compra, copia o traducción todos los libros del mundo. Quiere que entre ellos se incluya expresamente la Ley judía. Con este fin intercambia cartas y credenciales con el Sumo Sacerdote de Jerusalén, Eleazar, y le pide que designe un grupo de traductores competentes para tal empresa. Eleazar elige a seis por cada una de las doce tribus de Israel; de ahí el número de setenta y dos, que terminó por simplificarse en setenta y dio nombre a la traducción.

La delegación judía con los traductores llega a Alejandría con un ejemplar de la Ley de entre los que se custodian en el Templo de Jerusalén. Ptolomeo II, rompiendo todo protocolo, los recibe de inmediato e invita a sus distinguidos huéspedes a un banquete de siete días. La descripción de este banquete ocupa la mayor parte de este tratado escrito en forma de carta (§ 187-294). Siguiendo los modelos del género simposiaco griego, el rey va interrogando a los sabios judíos sobre las Escrituras hebreas y otros asuntos de interés para su gobierno. Les hace preguntas y propone enigmas que

los traductores resuelven a plena satisfacción del soberano. A lo largo del simposio queda patente, por un lado, la superioridad de la sabiduría judía y, por otro, la admiración hacia el monarca egipcio por parte de los traductores. Todas las respuestas finalizan con un elogio a Ptolomeo como ideal de rey helenístico, justo, filántropo y amante de la sabiduría.

Los párrafos dedicados al acontecimiento de la traducción son muy escasos (§ 301-316). Después del banquete, los ilustres huéspedes son conducidos a una isla cercana (que más tarde se identificará con la isla de Faros) provistos de todo lo necesario para su sustento y trabajo. En setenta y dos días completan la traducción. A continuación, es leída a la comunidad judía de Alejandría reunida en asamblea, que la acoge con entusiasmo y se compromete bajo juramento a no añadir ni quitar nada del texto traducido (Fernández Marcos 1983).

Bajo este disfraz literario de la *Carta de Aristeas* se esconde un fondo de verdad. El ambiente cultural de la corte de los Ptolomeos y su conexión con la Biblioteca de Alejandría están comprobados. Además, los estudios lingüísticos y papirológicos confirman que la lengua del Pentateuco griego procede de esa época, la primera mitad del siglo III a.C. El móvil principal de la traducción estaría en la iniciativa real, pero confluirían otras motivaciones, como la de la lucha por el prestigio cultural por parte de los judíos. Es posible que en un segundo momento la traducción sirviese también a las necesidades litúrgicas y pedagógicas de la comunidad judía de Alejandría. El resultado final fue una obra literaria con valor propio, un monumento del judaísmo helenístico, que suplantó a la Biblia hebrea en la comunidad judía de la diáspora egipcia. Más allá de las profundas diferencias con la Biblia hebrea antes señaladas, la Septuaginta supuso la primera interpretación de la Ley judía, una nueva lectura con autonomía propia en la lengua de Homero, la lengua común de entonces, que abrió el acceso a la Biblia a la mayoría del mundo habitado. Constituye una de las últimas actualizaciones de la Biblia hebrea y ciertamente representa la promulgación y apertura de esta Biblia a las naciones.

Hasta aquí el relato de la traducción del Pentateuco sobre la que estamos mejor informados. Siguió después la traducción de los Profetas anteriores y posteriores de la Biblia hebrea, y, por fin, la traducción de los Escritos, en un proceso que se prolongó hasta los siglos I-II d.C. Del lugar y fecha de estas traducciones apenas tenemos noticia, si exceptuamos el prólogo del traductor del Eclesiástico, que vertió al griego en Egipto, en torno al año 116 a.C., el libro que su abuelo había compuesto en hebreo en Jerusalén en torno al 190 a.C. Este autor es consciente de las diferencias que existen entre el original hebreo y la traducción griega de la Biblia y de las dificultades inherentes a toda traducción, «porque no tienen la misma fuer-

za las cosas dichas originalmente en hebreo cuando se traducen a otra lengua; y no sólo eso, sino que la misma Ley, las Profecías y los libros restantes tienen no poca diferencia dichos en su propia lengua» (Prólogo del Eclesiástico, 20). Aparte de las diferencias de bulto que he señalado más arriba, relativas al número de libros y sus títulos, organización del material, suplementos en griego, etc., las diferencias de interpretación son notables incluso en los libros cuya traducción suele calificarse de literal. Por ejemplo, en el capítulo 49 del Génesis, conocido como el testamento profético o las bendiciones de Jacob, dicen los versos 22-23 hebreos a propósito de José: «José es un novillo, un novillo hacia la fuente. A la fuente se encamina. Los arqueros lo hostigan, los saeteros lo atacan». En cambio, la traducción griega dice así: «José, hijo que ha crecido, hijo que ha crecido envidiable, mi hijo más joven, vuélvete a mí. Al que insultaban con maquinaciones y hostigaban los señores de las flechas».

Más allá de la traducción del Pentateuco, en libros como Jeremías, Ezequiel, Job o Proverbios, las diferencias son aún mayores. Puede constatarse que la comunidad judía no era ajena a estas diferencias entre la Biblia hebrea de Jerusalén y la Biblia griega de Alejandría, y que los problemas surgieron, por decirlo hiperbólicamente, desde el día siguiente de la traducción. Por los fragmentos griegos de Qumrán y otros papiros precristianos sabemos que desde muy pronto hubo intentos de corregir el griego para mejorar la traducción, adaptándola al texto hebreo en curso. El Papiro Fouad 266 (siglo I a.C.), que contiene fragmentos del Génesis griego, y el Papiro Rylands 458 (primera mitad del siglo II a.C., es decir, sólo a un siglo de distancia de la traducción del Pentateuco), con fragmentos del Deuteronomio griego, ya presentan un texto revisado.

Los intentos de solución a estas diferencias se abren camino en una doble dirección. Por un lado, está la corriente inspiracionista, representada por Filón de Alejandría, que equipara a los traductores con los profetas inspirados de la Biblia hebrea. Así, Dios habría hablado a Israel a través de un doble cauce: a) a través de la Torá, transmitida –según se pensaba– directamente por Dios a Moisés en el Sinaí, y b) por medio de la traducción griega de Alejandría, que también estaría inspirada. Los traductores, «como inspirados por la divinidad, profetizaban no unos una cosa y otros otra, sino todos los mismos nombres y palabras como si un apuntador invisible le susurrara a cada uno al oído» (Filón, *Vida de Moisés* II, 37). Filón llama a los traductores profetas y hierofantes, comparables a Moisés (*ibid.*, II, 40).

La otra corriente, la filológica, siguió considerando la Septuaginta como una traducción, una réplica fiel del original, tanto más auténtica cuanto mejor reflejara el texto del que se tradujo. En consecuencia, desde muy

pronto se pusieron en marcha iniciativas de corrección para aproximarla más y más al original hebreo, que con el paso del tiempo habría evolucionado y no sería el mismo que habían utilizado los traductores. El testimonio más importante de este proceso de corrección hacia el hebreo se encuentra en los fragmentos griegos de los Doce Profetas (50 a.C. - 50 d.C.) descubiertos en 1952 en Naḥal Ḥever (cerca de Qumrán), publicados e interpretados por D. Barthélemy en la influyente monografía *Les Devanciers d'Aquila* (Leiden 1963). Estos fragmentos permitían comprobar que los traductores judíos posteriores, Áquila, Símaco y Teodoción, habían sido precedidos por un proceso de revisiones de la Biblia griega con el fin de adecuarla al texto hebreo consonántico protomasorético que los rabinos definirían como texto estándar a finales del siglo I d.C. (Fernández Marcos 1998, 119-163).

Las revisiones de la Septuaginta no sólo discurrieron en esta dirección, sino que paralelamente el texto fue sometido a una revisión para mejorar el estilo literario y eliminar los semitismos propios del griego de traducción que resultaban extraños a los oídos de los grecoparlantes. En esta línea se inserta la revisión antioquena o luciánica, que se ha transmitido en unos pocos manuscritos, que fue seguida por los Padres griegos procedentes del área geográfica de Antioquía y que para los libros históricos ha sido editada críticamente por el grupo de investigación de «Filología y crítica textual bíblicas» del CSIC en Madrid (Fernández Marcos - Busto Saiz).

3. *La Septuaginta en la historia del texto bíblico*

Hasta hace medio siglo los tipos textuales bíblicos conocidos se reducían a tres: el texto hebreo masorético transmitido por la comunidad judía; el texto griego de LXX que adoptó el cristianismo naciente y que sigue vigente como Biblia oficial de la Iglesia ortodoxa; y el Pentateuco hebreo de los samaritanos conservado en escritura paleohebraea.

El texto masorético en su estructura consonántica fue establecido y fijado por los rabinos a finales del siglo I d.C., y más tarde vocalizado y puntuado por los masoretas a comienzos de la Edad Media. Desde el siglo I d.C. el texto consonántico fue estandarizado y transmitido con una gran fidelidad. Sin embargo, los descubrimientos de Qumrán a partir de 1948 y su ulterior publicación a finales del siglo XX han producido una revolución en la historia del texto bíblico. En Qumrán se han encontrado fragmentos de la Biblia griega en las cuevas 4 y 7. Pero lo más sorprendente han sido los hallazgos de textos hebreos, como los de Samuel (4QSam^{a,b,c}) y algunos de Jeremías (4QJer^{b,d}), que coinciden o se aproximan más al texto base que utilizaron los traductores griegos que al texto protomaso-

rético². Estos datos han contribuido a revalorizar el texto de la Septuaginta y a dar un enorme impulso a los estudios de la versión griega. En efecto, se ha comprobado que las diferencias entre el texto griego y el hebreo no se podían achacar sin más a la incompetencia de los traductores o a las técnicas de traducción que emplearon, sino que en muchos casos ellos traducían de un texto hebreo diferente del estandarizado y que sólo por azar se ha recuperado parcialmente entre los documentos de Qumrán. De forma que el problema de la Biblia plural y distinta ya no se limita a las diferencias entre la Biblia hebrea y griega, sino que ese pluralismo se remonta al primitivo estadio del texto hebreo en los tres siglos que precedieron al cambio de era. La Septuaginta constituye un instrumento de primer orden para el conocimiento de dicho pluralismo textual y por eso ocupa hoy, junto con Qumrán, el primer plano del debate sobre la historia del texto bíblico. Es más, en ocasiones, es el testimonio más antiguo con el que contamos de una posible *Hebraica veritas* que sólo se conserva en la traducción de LXX y que desapareció más tarde desplazada por la elección que los rabinos hicieron del texto protomasorético, y que finalmente se convertiría en el *textus receptus* estándar.

Por consiguiente, la Septuaginta, que nació como Biblia del judaísmo helenístico en Alejandría, comenzó a ser revisada para adaptarla al nuevo texto hebreo que el judaísmo rabínico de corte fariseo terminó por imponer a finales del siglo I d.C. A medida que se fue extendiendo este texto hebreo estandarizado, la Septuaginta será vista con mayor recelo por parte de los judíos y terminará por ser suplantada en los ambientes judíos por nuevas traducciones más literales, como la de Áquila del primer tercio del siglo II d.C. A este abandono de la Septuaginta por parte de los judíos contribuye también el hecho de que ésta es aceptada como Biblia oficial por los seguidores de Jesús, los cuales, aunque comenzaron como una secta judía, pasarán a romper con el judaísmo y erigirse en nueva religión. Esto ocurre en el espacio de tiempo que media entre las dos revueltas judías, la que culmina con la destrucción del Templo por los romanos en el 70 d.C. y la revuelta de Bar Kojba en el 130 d.C.

Así pues, se da la paradoja de que una Biblia que nació en Alejandría para colmar los sueños culturales de un monarca ilustrado y los deseos de prestigio cultural del judaísmo de la diáspora, se convirtió tres siglos más tarde en la Biblia oficial del cristianismo, que fue quien se encargó de co-

2. Así llamado el tipo textual hebreo de Qumrán que coincide en su estructura consonántica con el texto hebreo masorético que se convertiría en el texto oficial del judaísmo. Entre los documentos de Qumrán hay otros textos hebreos que coinciden con el Pentateuco de los samaritanos, y otros que coinciden con el texto hebreo que sirvió de base a los traductores de la Septuaginta.

piarla y transmitirla, al igual que el principal legado del judaísmo helenístico, a saber, las obras de Filón y de Josefo. Pero no fueron los textos los que dividieron a judíos y cristianos, pues, como se ha dicho, el cristianismo es la única religión que nace con un libro en su cuna, la Biblia hebrea traducida al griego o Antiguo Testamento. Desde una perspectiva histórica, no deja de sorprender que judíos y cristianos, utilizando los mismos textos, llegaran a resultados tan diferentes que cristalizaron en dos religiones distintas: el judaísmo rabínico normativo y el cristianismo. La clave para descifrar este enigma está no tanto en los textos que manejaban cuanto en las distintas interpretaciones o lecturas que hicieron de ellos. Los autores del Nuevo Testamento comenzaron a interpretar la Biblia hebrea, sobre todo los Salmos y los Profetas, a la luz de los acontecimientos (vida, muerte y resurrección) de Jesús de Nazaret. La Septuaginta sirvió de intermediaria y en la mayoría de los casos fue la clave para la nueva interpretación cristiana. El mosaico de citas de Septuaginta y sobre todo sus múltiples ecos están condicionando la redacción de los escritos del Nuevo Testamento. La distinta hermenéutica de los textos fue lo que condujo a la bifurcación de los caminos, a las primeras polémicas judeocristianas y, en definitiva, a la ruptura entre las dos religiones. La Septuaginta será también la Biblia de los primeros cristianos y de los Padres de la Iglesia y contribuirá decisivamente a configurar el lenguaje teológico del pensamiento cristiano.

En la historia de la transmisión de la Septuaginta hay un astro que brilla con particular esplendor: Orígenes, autor de la Hexapla. La coordinó y produjo en Cesarea de Palestina entre los años 235 y 250 d.C. (Fernández Marcos 1998, 209-227). En aquellos momentos, la Septuaginta circulaba en formas textuales muy distintas según las regiones geográficas. Había sido sometida a continuas revisiones y además estaba expuesta a las contaminaciones y corrupciones de los copistas, propias de todo proceso de transmisión de los textos. Por otra parte, a lo largo del siglo II d.C. habían surgido nuevas traducciones en el seno del judaísmo, como las de Áquila, Símaco y Teodoción. También en el siglo II d.C. judaísmo y cristianismo comienzan a dividir sus caminos y arrecia la polémica apoyándose en la distinta interpretación de los textos bíblicos que compartían. Orígenes, con una clarividencia fuera de lo común, intuyó el problema y quiso dotar a los cristianos de una base textual firme para su discusión con los judíos. Proyectó y llevó a cabo la gigantesca obra de la Hexapla, o Biblia en seis columnas sinópticas, precursora de las Políglotas de la Edad Moderna. La primera columna contenía el texto hebreo; la segunda, ese mismo texto transliterado al griego; la tercera, la traducción de Áquila; la cuarta, la de Símaco; la quinta, la de Septuaginta; y la sexta, la de Teodo-

ción. Pero además editó por separado la columna de Septuaginta corregida según el texto hebreo en curso a mediados del siglo III d.C. Con lo cual, el resultado de la Hexapla fue funesto para la transmisión del texto genuino de la Septuaginta.

Las consecuencias de la gigantesca obra de Orígenes nos conducen a otra paradoja histórica: el mayor esfuerzo de la filología bíblica en la Antigüedad se convirtió de hecho en el origen de la mayor confusión para la transmisión del texto de los Setenta. En efecto, Orígenes corrigió la Biblia griega de acuerdo con el texto hebreo que circulaba en su tiempo, un texto unificado y estandarizado por los rabinos. Pero no cayó en la cuenta de que no era ese el texto hebreo que los traductores habían utilizado seis siglos antes, un texto distinto y plural, como han sacado a la luz los documentos de Qumrán.

Así pues, para restaurar críticamente el texto primitivo de la Septuaginta hay que tener en cuenta todas estas peripecias de su transmisión y desandar buena parte del camino recorrido por los copistas y los recensores cristianos. Tal es la tarea que se propone el programa de Gotinga (Septuaginta Unternehmen) encargado de publicar ediciones críticas o eclécticas, a la manera de las de los autores clásicos, de los distintos libros de Septuaginta. Sus criterios de edición se basan en los principios establecidos por su fundador, P. A. de Lagarde, a finales del siglo XIX: identificar los grupos de manuscritos y las recensiones cristianas, en especial la hexaplar y la antioquena o lucianica, para remontarse, por medio de un *stemma* que refleje de alguna manera la historia de la transmisión, hasta el texto original y genuino que más se aproxime al que salió de la mano de los traductores.

4. *Importancia de la Septuaginta*

El impacto cultural y la transcendencia histórica de esta versión fueron enormes, aunque sólo en las últimas décadas haya irrumpido la Septuaginta con fuerza en el área de los estudios bíblicos. Se trata de la primera traducción de la Biblia, paradigma de todas las ulteriores.

Hoy en día damos por sentado que la Biblia tenía que ser traducida; no en vano, se trata del libro vertido a un mayor número de lenguas: cerca de tres mil de las aproximadamente seis mil existentes. Sin embargo, en el siglo III a.C. supuso un fenómeno único en la Antigüedad, conectado con uno de los momentos de máximo esplendor de la cultura helenística y con el nacimiento de la filología en la Biblioteca de Alejandría. Constituyó el primer trasvase de la sabiduría oriental, atesorada en el legado de Israel, a una lengua indoeuropea que ha influido como ninguna otra en nuestra

cultura occidental. Aunque hemos de admitir que, si analizamos las fuentes antiguas, la importancia de la traducción no se reconocerá hasta más tarde, hacia finales del siglo I d.C., cuando empieza a interesar a los paganos y cuando es aceptada como parte de la Biblia de los cristianos. Al ser reconocida como la Biblia de los autores del Nuevo Testamento y de los Padres de la Iglesia, se convirtió en el vehículo mediante el que la sabiduría del antiguo Oriente llegó hasta Occidente y adquirió una dimensión universal, sin quedar confinada al reducido grupo del pueblo de Israel. La Septuaginta no tardó en ser traducida, a su vez, a las principales lenguas vernáculas, tanto orientales como occidentales, del Imperio romano y de la Antigüedad tardía. El impacto de la Biblia traducida en Alejandría al griego común, la lengua franca del mundo habitado de entonces, se extendió en sucesivas ondas expansivas por medio de estas versiones orientales (copta, armenia, georgiana, siro-hexaplar y etiópica) y occidentales (antiguas versiones latinas, gótica, eslava antigua). Todas éstas fueron realizadas a partir del texto griego de la Septuaginta y no de la Biblia hebrea.

En algunos libros, el texto bíblico más antiguo que conservamos es el de LXX, testimonio de un original hebreo hoy perdido y anterior al que más tarde se transmitiría como texto hebreo oficial. Es lo que han revelado de forma fehaciente los documentos de Qumrán que recogen textos hebreos distintos del protomasorético y emparentados con el original en el que se basaron los traductores.

La Septuaginta no fue únicamente la primera traducción, sino también la primera interpretación conocida de la Biblia hebrea. La moderna lingüística atribuye un protagonismo especial al lector que entra en contacto con el texto y que, de alguna manera, lo recrea y le infunde nueva vida. Si esto es verdad para todo texto literario, en el caso de la Biblia hebrea resulta todavía más palpable. El texto hebreo que tuvieron delante los traductores era un texto consonántico, con una tradición de lectura, pero susceptible, en numerosos casos, de diversas lecturas e interpretaciones. A la Septuaginta se debe la primera interpretación de ese texto consonántico a modo de partitura musical, un texto en ocasiones oscuro, tan oscuro que los modernos traductores y comentaristas no han conseguido aclarar muchos pasajes, a pesar de todos los medios que tienen a su disposición. Y sin duda uno de los mayores méritos de los primeros traductores consiste en habernos transmitido un texto con sentido, un sentido por el que han luchado, valiéndose de distintas lecturas y vocalizaciones, técnicas lingüísticas, reglas hermenéuticas, tradiciones exegéticas y otros recursos.

5. Por qué traducir la Biblia griega

Con lo dicho hasta ahora debería estar ya claro que la Biblia griega merece ser traducida a las lenguas modernas. No haría falta, pues, este apartado a modo de justificación, si no fuera por el olvido en el que cayó la Septuaginta en Occidente a partir del siglo V d.C. Hasta entonces, como hemos visto, el cristianismo primitivo y la Iglesia identificaban el Antiguo Testamento con la traducción de los Setenta. Jerónimo la destronó y suplantó, no sin polémica con Agustín y la Iglesia del norte de África, con su nueva traducción latina a partir del hebreo, la cual andando el tiempo recibiría el nombre de Vulgata. A partir de entonces la Septuaginta fue relegada en Occidente a un oscuro segundo plano del que no logró salir hasta la segunda mitad del siglo XX. Pero hay que recordar con Barthélemy (1965 = 1978) y Harl (2001) que el Antiguo Testamento nunca ha existido en el cristianismo en su forma hebrea, sino únicamente en forma de traducción. En la historia de la recepción de la Septuaginta sólo la Iglesia ortodoxa la mantendrá como su Biblia oficial hasta nuestros días. En la franja oriental del mundo cristiano se mantuvo viva a partir del siglo IV d.C. la traducción al siríaco o Pesitta. Y en Occidente terminó por imponerse la Vulgata a lo largo de la Edad Media hasta que el latín se fragmentó en las lenguas romances y comenzaron a brotar múltiples traducciones a las lenguas vernáculas.

Con la llegada del Renacimiento y el movimiento de vuelta a las fuentes fueron privilegiados los textos originales, el hebreo para el Antiguo Testamento y el griego para el Nuevo, o prevalecieron consideraciones doctrinales como las expresadas por el cardenal Cisneros en su prólogo al lector de la Políglota Complutense, que tampoco favorecían a la Septuaginta. Señala el cardenal que ha colocado el texto de la Vulgata en el centro de la página entre los textos hebreo y griego, como a la Iglesia romana o latina entre la Sinagoga y la Iglesia oriental, a la manera de Jesús entre los dos ladrones. Y lo justifica con la siguiente sentencia: *Haec enim sola supra firmam petram aedificata (reliquis a recta Scripturae intelligentia quandoque deviantibus) immobilis semper in veritate permansit*³. Con todo, en la Políglota de Alcalá (1514-1517) se imprime por primera vez (*editio princeps*) el texto completo de la Biblia griega. Dificilmente podían sospechar en el siglo XVI lo que sólo los recientes descubrimientos de Qumrán nos han aportado: que los originales más antiguos de algunos libros se conservan en la Septuaginta que tradujo de textos hebreos hoy desaparecidos y distintos de los transmitidos por el texto masorético tradicionalmente recibido.

3. «Pues únicamente ésta, edificada sobre una piedra firme, permaneció siempre fija en la verdad (mientras que las restantes a veces se desvían de la recta comprensión de la Escritura)».

Puede decirse que tanto la Iglesia católica como las Iglesias protestantes apenas han mantenido el recuerdo de la traducción de Septuaginta, con la excepción de algunos sabios aislados. A finales del siglo XIX los filólogos alemanes e ingleses empezaron a interesarse por el estudio y la edición de los textos griegos de la Septuaginta. Sin embargo, sólo será en la segunda mitad del siglo XX, ante el impacto de los hallazgos de los textos de Qumrán en el desierto de Judá, cuando el estudio de la Septuaginta comenzará a abordarse de una forma nueva, se considerará imprescindible para escribir la historia del texto bíblico y empezará a interesar a círculos más amplios de biblistas, historiadores de la antigüedad, del judaísmo y de los orígenes cristianos.

En efecto, si nos remontamos al estado del texto bíblico previo a la canonización de la Biblia judía y de la Biblia cristiana, nos encontramos con un panorama sorprendente. En los siglos que preceden al cambio de era existe una lista de libros autorizados. Los más citados, tanto en la comunidad de Qumrán como en la del Nuevo Testamento, son el Pentateuco, los Salmos e Isaías, pero la comunidad de Qumrán probablemente admitía también los libros de Henoc y de los Jubileos, es decir, una lista más amplia que la que fue admitida en el canon hebreo del judaísmo. En Qumrán coexiste también un pluralismo textual, es decir, textos hebreos distintos del proto-masorético que sería estandarizado a finales del siglo I d.C. por obra de los rabinos. En esta época las fronteras entre textos bíblicos y parabíblicos no están aún definidas, y fluctúan algunos de los libros que serán aceptados como autoritativos e incluidos más tarde en el canon. Por eso recientemente están apareciendo publicaciones como la Biblia de Qumrán⁴, o ediciones nuevas y traducciones a lenguas modernas de los Escritos Apócrifos y Pseudoepigráficos del Antiguo Testamento, llamados también Escritos Intertestamentarios⁵. Todas estas publicaciones amplían el conocimiento que teníamos del judaísmo del Segundo Templo, el marco literario en el que se desarrolló, e iluminan el clima de efervescencia cultural en torno al cambio de era en el que nacieron tanto el judaísmo normativo como el cristianismo. En este horizonte literario y socio-religioso hay que situar la traducción griega de la Biblia como puente entre la Biblia hebrea plural de Qumrán y los escritos del Nuevo Testamento y de los primeros cristianos.

A raíz de los hallazgos de Qumrán se ha constatado que la Biblia griega conserva el texto más antiguo de algunos libros y, en consecuencia, que la *hebraica veritas*, por usar la expresión de Jerónimo, se encuentra también

4. M. Abegg - P. Flint - E. Ulrich, *The Dead Sea Scrolls Bible. The Oldest Known Bible Translated for the First Time into English*, San Francisco 1999.

5. Por ejemplo, la colección publicada en la Biblioteca de la Pléiade: *La Bible. Écrits Intertestamentaires*, Paris 1987.

GÉNESIS

1 ¹ Al comienzo hizo Dios el cielo y la tierra. ² Pero la tierra estaba invisible y desordenada, la oscuridad cubría el abismo, y un hábito de Dios se deslizaba por encima del agua. ³ Y dijo Dios: «Que haya luz». Y hubo luz. ⁴ Y vio Dios que la luz era buena, y separó Dios la luz de la tiniebla. ⁵ Y llamó Dios a la luz día y a la tiniebla llamó noche. Y hubo tarde y hubo mañana, un día.

⁶ Y dijo Dios: «Haya firmamento en medio del agua que esté separando entre agua y agua». Y así fue. ⁷ E hizo Dios el firmamento y separó Dios el agua que estaba debajo del firmamento del agua por encima del firmamento. ⁸ Y llamó Dios al firmamento cielo. Y vio Dios que era bueno. Y hubo tarde y hubo mañana, día segundo. ⁹ Y dijo Dios: «Que se concentre el agua de debajo del cielo en una única reserva^a, y que se vea la tierra seca». Y así fue. Y se concentró el agua de debajo del cielo en sus reservas y se vio la tierra seca. ¹⁰ Y llamó Dios a la parte seca tierra y al conjunto de las aguas llamó mares. Y vio Dios que era bueno. ¹¹ Y dijo Dios: «Que la tierra haga crecer un brote de hierba que siembre semilla según especie y semejanza, y árboles frutales que produzcan fruto cuya semilla sea según sus especies sobre la tierra». Y así fue. ¹² Y produjo la tierra un brote de hierba que siembra semilla según su especie y semejanza, y árboles frutales que producen fruto cuya semilla es según sus especies sobre la tierra. Y vio Dios que era bueno. ¹³ Y hubo tarde y hubo mañana, día tercero.

a. Aunque el griego tiene una figura etimológica, συναχθήτω ... συναγωγήν, hemos optado por no mantenerla en castellano y traducimos por «reserva». En el texto masorético aparece מקום, «lugar», pero uno de los fragmentos de Qumrán lee מקום, «conjunto», como en el v. 10. Probablemente era la palabra que tenía ante sus ojos el traductor griego. La segunda parte del verso, desde «Y se concentró» hasta el final, no tiene correspondencia en el texto hebreo masorético, aunque aparece también en Qumrán.

¹⁴ Y dijo Dios: «Que haya lumbreras en el firmamento del cielo para alumbrar la tierra, para separar entre el día y la noche, y que sirvan de señales para los tiempos, los días y los años, ¹⁵ y sirvan para alumbrar en el firmamento del cielo de forma que brillen sobre la tierra». Y así fue. ¹⁶ E hizo Dios las dos grandes lumbreras, la gran lumbrera para gobierno del día y la lumbrera menor para gobierno de la noche, y las estrellas. ¹⁷ Y las puso Dios en el firmamento del cielo para que brillen sobre la tierra, ¹⁸ para gobernar el día y la noche y separar entre la luz y la tiniebla. Y vio Dios que era bueno. ¹⁹ Y hubo tarde y hubo mañana, día cuarto.

²⁰ Y dijo Dios: «Produzcan las aguas reptiles vivos y volátiles que vuelen sobre la tierra bajo el firmamento del cielo». Y así fue. ²¹ E hizo Dios los grandes cetáceos y todos los reptiles vivos que produjeron las aguas según sus especies, y todo volátil alado según su especie. Y vio Dios que eran buenos. ²² Y los bendijo Dios diciendo: «Creced y multiplicaos y llenad las aguas del mar, y que se multipliquen los volátiles sobre la tierra». ²³ Y hubo tarde y hubo mañana, día quinto.

²⁴ Y dijo Dios: «Produzca la tierra seres vivos según su especie, cuadrúpedos, reptiles y bestias de la tierra según su especie». Y así fue. ²⁵ E hizo Dios las bestias de la tierra según su especie y el ganado según su especie, y todos los reptiles de la tierra según su especie. Y vio Dios que eran buenos. ²⁶ Y dijo Dios: «Hagamos a un hombre según nuestra imagen y semejanza, y que ellos estén al frente de los peces del mar, los volátiles del cielo, el ganado y toda la tierra, y todos los reptiles que reptan sobre la tierra». ²⁷ E hizo Dios al hombre, a imagen de Dios lo hizo, macho y hembra los hizo. ²⁸ Y los bendijo Dios diciendo: «Creced y multiplicaos, llenad la tierra y dominadla, y estad al frente de los peces del mar, los volátiles del cielo, todo el ganado y toda la tierra, y todos los reptiles que reptan sobre la tierra». ²⁹ Y dijo Dios: «Mirad, os he dado toda clase de hierba fecunda que siembra semilla, que está sobre la superficie de toda la tierra, y toda clase de árbol que lleva fruto de semilla fecunda: os servirá de comida; ³⁰ y para todas las bestias de la tierra, y todos los volátiles del cielo y todo reptil que reptan sobre la tierra, que es un ser vivo, toda hierba verde también por comida». Y así fue. ³¹ Y vio Dios todo lo que había hecho y mira, era muy bueno. Y hubo tarde y hubo mañana, día sexto.